

viejo, colocóse este á la puerta de la misma y no permitió en manera alguna que se acercaran á su amiguito. Estas amistosas relaciones entre ambos duraron casi unos quince días, hasta que por fin, desapareció el pequeño zorro para no volver jamás.» Aunque yo haya experimentado que algunos machos devoraban á sus pequeñuelos sin remordimiento alguno y sin tener en consideración la presencia de la madre, no quiero, sin embargo, presumir que el zorro extreme siempre su voracidad hasta tal punto; y de todos modos, la conducta de los dos animales arriba citados prueba claramente que no andamos, al pensar así, enteramente fuera de propósito.

CAUTIVIDAD.— Cuando se cogen jóvenes los zorros, domesticanse fácilmente, pues se acostumbran á tomar el alimento de los perros; si se les atiende mucho se familiarizan, y divierten al hombre con su alegría y sus gracias.

Durante mi permanencia en Egipto tuve largo tiempo un zorro que corría detrás de mí por el interior de la casa como hubiera podido hacerlo un perro, manifestándose conmigo sumamente cariñoso. No le gustaba mucho que le cogiese en brazos y le acariciara, mas á pesar de esto, parecía alegrarse de ello; aunque me lamía y me halagaba, todo era engaño; sus caricias no tenían otro objeto sino escaparse lo antes posible, y una vez libre, no se dejaba ya coger fácilmente, si bien se hacía el amable al acercarme yo. Bien pronto supo por dónde se iba al gallinero de mi vecino, y cuando le era posible, introduciábase en él para coger alguna gallina.

Las aves de corral son tan baratas en Egipto, que no me costaba mucho pagar las fechorías del animal; y yo lo hacía de buen grado solo porque satisficiera sus gustos y no le maltrataran. Acabó, no obstante, por cansar la paciencia que los vecinos habían tenido hasta entonces, y un día me trajeron el cadáver del animal.

«Yo he tenido varios zorros, dice Lenz, y el último, que era una hembra cogida muy joven, fué la que mejor se domesticó. Apenas comenzaba á comer y ya se manifestaba su mala índole y su inclinación á morder; gruñía y mascaba la paja que tenía á su lado, aun cuando nada la molestase. Los buenos tratamientos, sin embargo, dulcificaron su carácter muy pronto, y se domesticó hasta el punto de permitirme que le sacase de la boca un conejo que acababa de matar; algunas veces le ponía los dedos entre las mandíbulas sin que tratase de morderme. Gustábale jugar conmigo; manifestábase muy contenta cuando la iba á ver; meneaba la cola como un perro y saltaba de un lado á otro. Familiarizábase igualmente con los extraños; conocíalos á cincuenta pasos de distancia cuando se dirigían á la casa, y con sus gritos les invitaba á que se acercasen á ella, deferencia que no nos dispensaba á mi hermano y á mí, sin duda porque sabía que de todos modos iríamos á visitarla.

«Cuando se acercaba un perro, lanzábase contra él, con los ojos brillantes y rechinando los dientes; estaba tan alegre de día como de noche; y gustábale roer los zapatos bien embetunados. Al principio la tenía sola en una cuadra: cuando introducía yo en ella un hamster vigoroso, fuerte y maligno, brillaban los ojos de la zorra, y adelantábase hácia él rastreando y acechándole. El animal gruñía, arañaba, enseñaba los dientes y era el primero en atacar; pero evitábale la zorra, saltaba al rededor de él, ó por encima, dándole tan pronto una manotada como un mordisco. Para librarse de las acometidas, érale necesario al animal volverse rápidamente; y cansado al fin de tanta lucha, acababa por echarse de espaldas, tratando de defenderse en esta posición con los dientes y las garras. Sabiendo la zorra que de aquel modo no podía su enemigo moverse, describía entonces alrededor de él varios círculos que iba estrechando cada vez mas; y obligándole así

á levantarse, cogíale por la nuca y le ahogaba. Si el hamster se hacía fuerte en un rincón, donde no le era posible á la zorra acometerle, provocábale hasta que daba un salto y le cogía en el momento de caer.

«Cierta noche muy nebulosa salió de su cuadra y fué á pasearse al bosque, dejándose ver al día siguiente en Reinshadsbrum; allí la cogieron unas buenas gentes que me la presentaron luego. La segunda vez que salió á pasearse sin mi permiso, la encontré por casualidad en el bosque, y pude cogerla fácilmente, porque saltó sobre mí llena de alegría. Pocos días despues fui á buscarla al parque de Ibenhain con diez y seis de mis discípulos; llegamos todos juntos, y al vernos el animal, que no parecía dispuesto á dejarse coger, sentóse pensativo cerca de un vallado, mirándonos con desconfianza. Yo me acerqué despacio y la hablé amistosamente, esperando que me sería fácil atraparla, pero en el momento de bajarme, saltó por encima de mi cabeza, huyó y se detuvo de nuevo á la distancia de cincuenta pasos. Entonces despedí á mis acompañantes y bien pronto vi al animal en mis brazos.

«La primera vez que la puse un collar saltó de cólera, gimió, retorcióse cual si la hubiera acometido un cólico, y durante varios días rehusó obstinadamente todo alimento.

«Cierta día eché un gato grande en su cuadra: la zorra se puso furiosa, gruñó, espeluznóse y dió saltos prodigiosos, pero no osó acometer al felino. Conmigo demostraba por el contrario cierto valor: una vez que llegué á cansarle la paciencia, mordiome en una mano, y como la diése un bofetón, me clavó de nuevo los dientes, haciendo lo mismo á cada golpe que le daba, hasta tres veces. Entonces la cogí por el cuello, levantéla en alto y descargué sobre ella una nube de palos, lo cual la puso furiosa en extremo, sin que dejara de hacer todo lo posible por morderme. Esta fué, no obstante, la única vez que se excedió con intención, aun cuando la conservé muchos años y jugaba diariamente con personas que la molestaban á menudo.»

Yager, el anterior director del jardín zoológico de Viena, cuenta una anecdota en extremo amena respecto de un zorro. Estas son sus palabras:

«El zorro, el héroe de la fábula de la Edad media, el encarnizado enemigo de todos los animales, representa en el parque un mezquino y tristísimo papel. Como que no es susceptible de una buena educación y sería poner á muy difícil prueba su templanza, en el caso de dejarle vagar con entera libertad por el parque, está por lo comun condenado á una soledad fatal para el desarrollo de sus facultades intelectuales, perpetuamente encerrado en su jaula, produciendo en él este encierro las mismas consecuencias que en un malhechor metido en un calabozo aislado. Despues de haber tratado en vano varias veces de recobrar su libertad, se resigna, por fin, á su infausta suerte. Sus facultades intelectuales van de continuo menguando; está todo el día sumido en sus tristes pensamientos; mira con glacial indiferencia á los curiosos que se paran á contemplarle, y soporta su cautividad con toda la resignación de un filósofo. Este sér, el mas astuto, ingenioso y fecundo en inventiva, podría pasar por el mas fiel y perfecto retrato de un reo político, encerrado en la prision celular, el cual es demasiado orgulloso para dar á conocer á sus verdugos el dolor que destroza su alma. Por esto siento siempre infinito el que algun favorecedor del parque me entregue uno de esos animales aficionados á la libertad con el expreso encargo de guardarlo cuidadosamente. Paréceme que me constituyen en carcelero, y á la verdad me gustaria mas en muchos casos matar de un pistoletazo al pobre diablo que leer cada día en sus miradas el sempiterno reproche de tenerle condenado á la esclavitud, siendo así que ha nacido para la libertad.

«Un rasgo de este modo de sentir, asaz revolucionario, me hizo pensar un día en encerrar al zorro en la jaula de los osos. Francamente, no podía ya aguantar mas aquella su desdeñosa mirada, que tenía para mí todas las apariencias de una recriminación. Era fuerza sacarle de su encierro y aislamiento, aunque pudiera costarle la vida. Decíame, en mis adentros, que si este animal era en realidad tal cual lo pintan, sagaz, ingenioso, capaz de salir de cualquier apuro y siempre rico en recursos de toda clase, podría tambien salvarse en medio de una compañía tan ruda y grosera como la de los osos, contra los cuales se vería obligado á defenderse del mismo modo que contra el plomo del cazador. En fin, despues de haber estado encerrado solo y aislado en su jaula por espacio de algunos meses, vióse de repente trasladado á un lugar mas digno de él y mas acomodado á su carácter y hábitos. En el primer momento es probable que nuestro zorro se quedara delante de los osos tan alelado, como un pisaverde de la capital que se encuentra confundido de improviso entre los invitados á una boda de aldeanos. Claro está que se le debió ocurrir instantáneamente aquello de que *la fortuna ayuda á los audaces, y de que el miedo no sirve para maldita la cosa*. Así es que con una frialdad digna de un petimetre que se arregla el lazo de su corbata, sacudióse el pelo y miró con sus propios ojos, á falta de lentes, á los cuatro bastos personajes de que se veía rodeado. Como las mujeres son siempre muy curiosas, y las feas son en un baile las primeras en examinar mas atentamente á un bailarín recién llegado, así tambien una osa coja que había en el encierro, fué la primera en mirar y husmear al galán que acababa de llegar. Este sufrió el reconocimiento con una admirable sangre fria; pero cuando la hembra comenzó á arrimarse demasiado á sus hocicos, hincóle los dientes en el rostro, enseñándole así, de un modo algo brusco, que no buscaba amor á cualquier precio. Enjugóse ella el hocico algo turbada y corrida, quedándose á una respetuosa distancia del malhumorado zorro, en tanto que este, sin moverse del puesto en que se hallaba, iba examinando con imperturbable calma el lugar de su encierro, y despues de haber descubierto en uno de los ángulos salientes de la torre un puesto á propósito, subióse á él de un brinco. Pocos momentos despues, toda la sociedad de los osos se disponía á hacerle una finísima acogida. Era, en verdad, cosa de despepitarse de risa ver á los cuatro velludos personajes lanzar miradas amenazadoras y avanzar en semicírculo hácia el delgado huésped. Este parecía estar muy tranquilo; miraba á sus enemigos con una calma verdaderamente estoica, y habiendo uno de estos alargado el hocico algo mas que los otros, tuvo que retirarse con la nariz ensangrentada. Entonces quedó comprobada la verdad del refran que dice: «De los escarmentados salen los avisados»; pues fué necesario que cada uno de los cuatro osos viera arañados sus hocicos para venir en conocimiento de que el zorro sabía tratar tambien del modo debido á los animales de su clase. En honor de la verdad, debo confesar que no tardaron los osos en conocerlo; alejaronse uno tras otro gruñendo sordamente, y dejaron en libertad al zorro. Moviése este luego sin cuidado alguno, examinó detenidamente su nueva morada y escogió un puesto entre dos grandes pildras para dormir la siesta. Los osos, que aun no habían olvidado las primeras caricias de su huésped, resolvieron dejarle en paz y se procuraron otro género de diversiones, en tanto que el zorro ponía arreglo en su pelo. A los pocos días estaba este en su jaula ni mas ni menos que si estuviera en su propia casa. Creía rebajarse con trabar mas íntimas relaciones con los osos, y estos por su parte juzgaban mas prudente dejar entregado á sus reflexiones á aquel sér extravagante que exponer sus narices á nuevos arañazos. Una prueba de que

el zorro hacia enteramente caso omiso de ellos, es que ningún cambio se notó en su modo de vivir: al paso que los osos se distraían muchísimo con los espectadores durante el día, él permanecía orgulloso y tranquilo en su elevado puesto, y solo por la noche, cuando sus compañeros de encierro estaban profundamente dormidos, iba á dar su vuelta. No fué amigo de ninguno de estos y vivió siempre como un aristócrata entre aldeanos. Como lo notaba todo y de todo sabía sacar partido, se había escogido un árbol para descansar, y aunque nacido para vivir sobre el suelo, supo alcanzar de un acertado brinco la primera rama y se quedó en ella dormido, como si hubiera sido él el solo dueño de la jaula y nadie pudiese turbar su sueño. Si á un oso se le ocurría subir al árbol, trasladábase luego el zorro á la segunda rama, y cuando aquel había alcanzado la primera, precipitábase este entonces sobre su dorso y le obligaba á descender del árbol. Cuando los rigurosos frios de invierno, penetrando á través de su espeso pelaje, comenzaron á molestarle demasiado, entonces dió una clara prueba de su maña y de la facilidad con que sabía sacar partido de cualquier circunstancia. Ya que nada útil podía sacar de los osos por lo que miraba á sus necesidades espirituales, procuró sin pérdida de tiempo aprovecharse de sus velludos compañeros para satisfacción de las corporales. Por lo tanto, de noche, cuando los osos roncaban, pasaba al establo de estos, deslizábase por entre sus garras, y con toda tranquilidad y confianza se acostaba entre ellos, considerándolos como verdaderos sacos de lana. Era tanto el asombro de aquellos animales por tamaño atrevimiento, que se resignaban buenamente á servir al zorro de almohada y colchon. Lo mas extraño es que estas relaciones de utilidad no despertaran en el zorro el menor cariño hácia sus compañeros de encierro; pues habiendo aquel logrado su objeto, que no era otro que calentarse, se retiraba de nuevo al lugar acostumbrado y allí pasaba el día enteramente solo.

«Es verdad que la prueba á que fué sometido el zorro era difícil y en extremo peligrosa; pero á pesar de todo salió bien de ella: no solo supo amoldarse pronto á las nuevas circunstancias, sino que tambien supo sacar de ellas todo el partido posible, enseñando así á los que visitaban el parque, que un hombre instruido puede vivir aun con los mas groseros y brutales, con tal que no eche en olvido aquella máxima *La fortuna ayuda á los audaces*.»

CAZA.— El zorro es odiado de todos los cazadores y por esto se ordena su persecución todos los años. Este animal no está comprendido en la veda, en ninguna época del año se prohíbe su caza. Se le persigue escopeta en mano, se le acosa en su guarida, se le hace una guerra sin tregua ni cuartel, se le saca de su madriguera con barras de hierro, se le envenena, se le mata á palos; en una palabra, se procura exterminarle en todas partes, en todo tiempo y por todos los medios posibles. Si no fuera tan listo y astuto, el hombre habría ya aniquilado por completo su especie. Todos los cazadores consideran como una verdad de fe, y sería tenido por hereje el que no lo creyera, que el zorro es el mas dañino de todos los animales y que por eso debe ser completamente exterminado él y toda su generación. Fué siempre tanto el odio que sintieron los cazadores hácia este animal, que se echó mano de todos los medios, aun los mas bajos y repugnantes, para aniquilarlo.

Para quien considere las campiñas y bosques como exclusivamente destinados á la producción de la caza, esta persecución terrible y casi inhumana emprendida contra el zorro podrá parecer justificable; pero no lo parecerá por cierto, ni con mucho, á aquel que piense de otro modo. Se ha de tener en cuenta que la pradera y el bosque no están dispuestos ni

cultivados tan solo para los ciervos, corzos, liebres, perdices, faisanes, etc., sino que están destinados á mas altos é importantes fines. Por esto los ingenieros de aguas y bosques y todos cuantos explotan los productos de unas y otros, debieran impedir por todos los medios imaginables cuanto pudiera perjudicar y disminuir la produccion. Ahora bien: ¿quién se atreverá á asegurar con seriedad que una cualquiera de las citadas especies de caza puede ser útil á los bosques y sembrados? Por el contrario, todas y cada una de ellas, sin excepcion, pertenecen á la clase de los animales dañinos. Enhorabuena que se les perdonen todos los perjuicios que causan; pero no se haga de ellos objeto de discusion. Toda la ganancia que se puede reportar de la caza, no recompensa, ni con mucho, el daño que irrogan corzos y liebres con el sinnúmero de plantas útiles por ellos devoradas. Por este motivo se ha de convenir forzosamente en que un carnicero, que diezme la caza, debe ser en rigor considerado no como un animal dañino, sino como un animal útil, muy útil. Bajo este punto de vista el zorro nos presta grandes servicios, y nos los presta incomparablemente mayores, cuando caza y extermina los ratones, que constituyen la base de su alimento; y si se tiene en cuenta que para cada comida necesita matar veinte ó treinta de aquellos roedores, y luego despues de saciado se complace en continuar cazando y matando á estos animales, enemigos de bosques y sembrados, entonces no podrá menos de reconocerse que es el zorro un animal muy útil, y que lejos de merecer nuestro odio y desprecio, se hace acreedor á la general consideracion. Léjos de mí la idea de justificar sus defectos y absolverle de sus pecados, que son muchos, pues bien me consta que no perdona á ningun animal aun el mas débil, que se come muchas aves útiles, que destruye los nidos de estas, que saquea los gallineros y comete otros mil atentados; pero á pesar de todo nos reporta mas provecho que daño. Será perjudicial para la caza; pero es para el campo y la pradera mucho mas útil que nocivo. Me explico perfectamente que los cazadores le odien y persigan; que el descuidado aldeano que no sabe tener en órden su casa y deja abierta la puerta del corral durante la noche, le maltrate y eche sobre él toda clase de maldiciones; pero que un naturalista haga coro con el cazador y el aldeano para condenar al zorro, como lo ha hecho Giebel en su tratado de *Zoología agrícola*, á la verdad me parece increíble. Sin embargo, en manera alguna pretendo yo significar con esto que se evite el matar al zorro; pero sí quiero que no se apliquen contra él ciertos medios de destruccion sobremanera crueles é indignos de un cazador.

Precisamente la caza del mas astuto de los animales que viven en estado salvaje, proporciona grandes encantos y tiene tambien, como cualquier otra, sus recompensas. Comunmente se caza al zorro al ojeo; pero en este caso se debe proceder con mucho tacto, porque aun cuando este animal sea perseguido por buenos perros, no se deja coger fácilmente. Escoge los pasos y caminos con singular prevision y prudencia; atiende al menor ruido y movimiento del cazador, y se detiene á mirar en todas direcciones á sus perseguidores antes de cruzar la vereda con la rapidez del rayo. Un cazador hábil puede cazarlo hasta á pié quedo, imitando los chillidos del lebrato ó del raton. Tambien puede matarlo al resplandor de la luna desde su barraca, que consiste en una zanja cubierta de ramas, tierra y musgo, delante de la que se levanta una tronera rodeada de malezas adonde es atraído el zorro por medio de una carroña. La caza del zorro en la estacion de invierno, cuando la tierra se cubre de nieve, es en extremo atractiva. «Es sabido, dice Eugenio de Homeyer, que montado en un carruaje puede uno acercarse mucho á aquel animal y lanzar contra él los lebreles con

buen éxito; sin embargo, no lo es tanto que se le pueda matar desde un trineo. Al efecto comiéndanse á describir alrededor de él extensos círculos, que van siendo cada vez mas reducidos, y el astuto animal al notar esto, se agacha y tiende en el suelo, creyendo de este modo no ser descubierto, y deja aproximar al cazador hasta ponerse á tiro. En cierta ocasion vi una zorra que á pesar de estar herida, despues de un corto descanso, echó á correr con gran ligereza; dió dos vueltas alrededor de mi trineo; paróse luego y continuó agachada hasta que pude cargar de nuevo mi escopeta y disparar sobre ella.»

El zorro es verdaderamente admirable por el gran dominio que sabe ejercer sobre sí mismo cuando está herido: pocas veces se le oye lanzar gritos de dolor, y muchas ejecuta actos que requieren un valor á toda prueba. Winckell rompió de un balazo una de las patas delanteras, por debajo de la espaldilla, á cierto zorro que iba persiguiendo; el animal trató desde luego de huir; pero como le molestaba la parte herida, cortóse la con los dientes y emprendió la fuga como si tuviera sus cuatro miembros. Hay que advertir por otra parte que el zorro tiene la vida muy tenaz: en muchos casos se han visto individuos, que parecian muertos, levantarse de repente y huir; así como otros que mordieron de improviso á las personas que los llevaban. Wildungen ha visto uno casi del todo desollado, que mordió la mano del hombre que practicaba la operacion. Un zorro herido corre con tres patas casi tan ligero como con las cuatro; se ha visto emprender la fuga á individuos á pesar de sus heridas y de habérseles atado las patas posteriores, segun se hace con las liebres.

Se coge vivo al zorro con toda clase de trampas; pero principalmente con la llamada *cuello de cisne* y *plancha de hierro*, ó tambien por medio de una madriguera artificial. Constrúyese esta cerca de otra verdadera, y consiste en un ancho tubo en forma de herradura, con una sola entrada; el fondo se ensancha y eleva un poco mas para que no pueda quedarse allí fácilmente estancada el agua, y el conjunto se coloca bajo tierra á medio metro de profundidad, cubriéndose el fondo con una plancha movable. Cuando llegada la noche, abandona el zorro su madriguera, se cierran todas las salidas de la misma; y al volver por la madrugada de su caza y al notar que no puede entrar en aquella, como le urge esconderse porque se aproxima el día, precipitase en la madriguera artificial, dentro de la que es fácilmente cogido.

Para coger á un zorro por medio de la trampa llamada *cuello de cisne*, es necesario ser un buen cazador y estar bien enterado de las costumbres del animal. La época mas favorable para ello es desde principios de noviembre á fin de enero; pues durante la misma suele sufrir el zorro mucha hambre, condicion indispensable para que se acerque al cebo y lo coja.

Antes de armar la trampa, se debe poner cebo durante varios dias en el sitio donde se quiera colocar el aparato, á fin de que el zorro adquiera el hábito de ir á dicho puesto; y cuando este ha acudido á comerlo varias noches consecutivas, se coloca la trampa provista de un cebo fresco y cuidadosamente oculto á las miradas.

«Es increíble, dice Winckell, la precaucion con que se acerca el zorro á las trampas. Yo tuve un día el gusto de ser testigo de ello: era en el invierno; el aparato se habia colocado en el sitio por donde debia pasar el zorro; y acercábase ya la hora del crepúsculo cuando el animal se aproximó. Cogió ávidamente los pedazos mas lejanos y sentóse para comérselos, meneando la cola. A medida que iba acercándose á la trampa, aumentaba su prudencia; vaciló mucho antes de to-

mar algo mas; daba vueltas alrededor del sitio; y por espacio de diez minutos estuvo inmóvil delante del cebo, mirándolo con ojos de codicia, aunque sin atreverse á tocarlo; al fin cuando se creyó seguro, alargó la pata delantera para cogerlo; pero no lo pudo alcanzar. Paróse otro momento, contempló con avidez el cebo, y como en un arranque de desesperacion, se precipitó sobre él; pero en el instante jugó la trampa, y el animal quedó cogido por el cuello.»

En otros tiempos se cogian tambien muchos zorros, cavando sus madrigueras á fin de proporcionarse los grandes señores el placer de mantenerlos: llevábanlos á un patio, y los ponian sobre una larga y delgada red, de la cual cogia dos extremos un caballero y los otros una dama: el centro de la red tocaba al suelo, y sobre ella debian correr los zorros. Cuando uno de estos se encontraba en la red, era esta bruscamente estirada, y el animal lanzado al aire, volvía á caer al suelo, ó sobre uno de los concurrentes, ó sobre una dama,

ó sobre otra red, etc., hasta que al fin se rompía la cabeza ó los miembros contra el suelo. Si el manteamiento no tenia lugar en ningun sitio cerrado, se cercaba este con grandes telas, entre las cuales se abrian varias calles, persiguiéndose por entre ellas á los zorros para hacerles ir á parar á la red. «Las gentes de mas elevado rango, dice Flemming, experimentan un verdadero placer cuando ven los saltos y las cabriolas de los zorros y liebres á los que se mantee, así como las caidas y los sobresaltos de las damas y de sus caballeros que están allí reunidos con sus verdes trajes engalanados de oro y plata. Es indescriptible el placer con que contemplan á los zorros y á las liebres dar caprichosos tumbos en el aire, como tambien la batahola que se promueve, cuando al fin de la funcion se sueltan pequeñas marranas que corren á ocultarse entre los mirinaques de las damas.»

A los muchos medios de destruccion ya de antiguo conocidos se ha añadido el veneno: espárcese este durante el

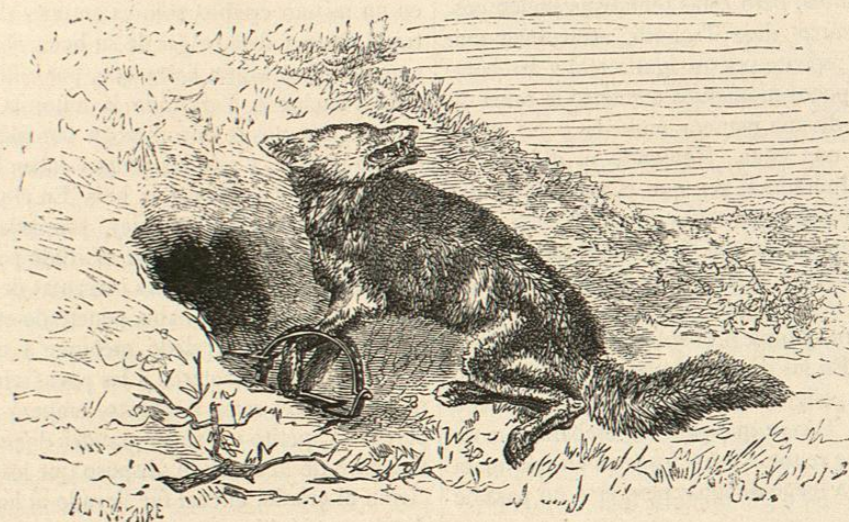


Fig. 238.—ZORRO COGIDO EN LA TRAMPA

invierno sobre carroñas corrompidas ó sobre tajadas de carne que se esparcen por los caminos; viene el zorro agujoneado por el hambre, arrójase sin vacilar sobre ellas y en pocos momentos queda cadáver. «El pobre animal no conoce su desdicha, sino cuando es ya demasiado tarde,» así dice Radde, el cual envenenó con estrignina muchos zorros durante su permanencia en Siberia. «El zorro envenenado, continúa Radde, se comporta de muy diversos modos en su desgracia: da al principio rápidos y penosos saltos, recorriendo en cada uno de ellos una distancia de 6 á 9 piés; coloca las piernas posteriores de tal modo unidas que se confunden casi en una línea, y alarga mucho la pata delantera de modo que la marca que deja su huella en el suelo, es igual á la que dejaría un corzo en actitud de dar un salto. Así continúa corriendo y saltando furiosamente hasta caer muerto con las patas estiradas, como disponiéndose á dar un salto mayor. Comienza á veces por andar á paso lento, y no bien ha dado tres ó cuatro pasos, la huella que produjo en el suelo el dedo interno, indica claramente que ha principiado ya á obrar el veneno: desde este momento va siendo mas vacilante é insegura su marcha; sale de su boca una gran cantidad de baba, algunas de cuyas gotas caen delante de las patas delanteras sobre la nieve; la huella es cada vez menos profunda y marcada; las patas posteriores empiezan á desviarse, saliendo por los costados del cuerpo; alárganse mas sus uñas; esfuérsase por alcanzar con la boca los ijares, cuyo pelo raras veces consiguen arrancar sus dientes; el es-

pacio comprendido entre huella y huella es cada vez mas corto, hasta que por fin se para y cae sobre la nieve con el dorso encorvado, ó puestas las patas casi en línea recta, y se arrastra lentamente. Ningun zorro queda muerto en el lugar mismo en que tomó el veneno; en su gran mayoría se alejan á una distancia de 8 á 10 metros, no habiéndose notado en ninguno que cayera á una distancia mayor de 20 ó 30 metros.»

USOS Y PRODUCTOS. — Muerto el zorro, vale la piel, dicen los cazadores, y en efecto, aunque no es esta muy estimada en nuestro país, lo es, sin embargo, bastante en Rusia, Polonia, Turquía y en toda la Siberia. Entre los mogoles, segun dice Radde, las pieles del zorro rojo se pagan mas que otras y á un precio mucho mas subido que en Alemania. El mismo Radde presenció varias veces cómo por una piel de zorro se daban en cambio dos ó tres de cibelina; las peores se pagan en el citado país á dos ó tres rublos de plata, y las mejores de diez á quince, mientras que en nuestro país se dan por una ordinaria 20 ó 25 reales, y por las de mejor calidad 100. Las pieles de zorros negros llegan á valer de 100 á 250 rublos cada una. Alemania surte al mercado de unas 100,000 pieles de zorro, las cuales no valen mucho menos que las del norte. Segun Lomer, las mejores vienen de Noruega, Suecia y del interior de Rusia, siguiendo tras estas las de Siberia, Dinamarca, Suiza, Baviera, Estiria, Alemania del Norte, Provincias renanas, Francia, Italia y España.

Mientras entre nosotros no se estima el zorro sino por la